

EXCAVACIONES PRACTICADAS  
EN 1923 EN EL CERRO DEL TRIGO  
TERMINO DE ALMONTE (HUELVA)

**TARTESOS**  
**EXCAVACIONES DEL CERRO DEL TRIGO**  
**(DESPOBLADO ROMANO EN EL COTO DE DOÑA ANA)**

Buscando a Tartesos, hubo que recorrer de una extremidad a otra lo que fue la antigua isla del Delta, que formaba el Guadalquivir en su desembocadura, donde tuvo su asiento, según los textos, el emporio más antiguo de Occidente: Tartesos, la Tarshish bíblica.

Esta isla se extendía 26 kilómetros de NO. a SE., entre el brazo actual del río y otro que ha desaparecido, y cuyo antiguo cauce reconocí en 1920.

Esta parte del célebre Coto de Doña Ana nos ofrece un terreno arenoso antiguo, hoy cubierto con espesos bosques de pinos, que llegan, en algunos sitios, hasta la misma orilla de la Marisma y que forman, en medio de la invasión gradual de la arena, pequeños oasis en los corrales del interior. Por el lado del Atlántico se levantan cordones de altas dunas de arenas movedizas que imposibilitan, en esta dirección, toda clase de trabajos de exploración.

A cuantos guardas encontrábamos en el Coto, repetíamos la misma pregunta de si, por aquellos alrededores, habían visto asomar en la superficie del terreno la roca

natural o alguna construcción con sillares o piedras informes. Todos contestan lo mismo, mencionando las muchas piedras y ladrillos que se ven cerca del cerro llamado **Montón de Trigo**.

Dos hornos de ladrillos, que también nos fueron indicados, a un kilómetro de Torre Carbonera, hacia el interior, resultaron modernos. Por otra parte, unos pequeños montones de escorias de hierro, en los corrales de la Arca, de la Cita y de la Herrería, que en una primera visita tanto llamaron mi atención, tampoco eran antiguos, como se averiguó por los tuestos que de allí salieron.

El **Cerro del Trigo**, donde tenemos que dirigirnos, está situado a seis kilómetros al Norte del nuevo **Palacio de la Marismilla**.

Invitados por el propietario del **Coto**, el excelentísimo señor **Duque de Tarifa y de Denia**, para emprender estas excavaciones del **Cerro del Trigo**, nos reunimos el 8 de septiembre de 1923, en La Marismilla, el profesor **Schulten**, el general **Lammerer**, como topógrafo, y el que subscribe. El administrador del Duque, don Pedro Ruibérriz de Torres, vino desde Sevilla para organizar nuestra estancia en el Coto, alojándonos, con todo el confort que se puede desear, en las habitaciones reservadas a los ilustres huéspedes de caza del Duque.

Recordaremos con la mayor satisfacción cuantas atenciones recibimos de todo el personal de la finca, particularmente de la familia del guarda de La Marismilla, y también de Antonio Espinar Ramírez, guarda del Palacio de Doña Ana, que se apresuró a darnos todas las informaciones que deseábamos, indicándonos sobre el terreno los trabajos que cerca del Cerro se hicieron para buscar piedras, hace más de veinte años.

Salíamos a las siete todas las mañanas en dirección al **Cerro del Trigo**. La temperatura en septiembre es deliciosa, el calor de medio día, soportable, debido a la brisa constante del Atlántico. Con ir y volver diariamente entre el cerro y la Marismilla y con los reconocimientos en puntos lejanos que tuvimos que emprender en diferentes direcciones, se puede calcular que anduvimos, en toda la temporada, más de 500 kilómetros, en buenas caballerías de los guardas, acostumbradas a anclar por aquellos inmensos arenales.

Observamos que no había en el Coto caminos propiamente dichos, aunque estén indicados en los mapas; más bien parecen ser sendas que apenas se distinguen y, llegando a una extensión de arena, se pierden. Los guardas dan a estas sendas la importancia de una vereda, y así las llaman, repitiendo la consigna de seguir siempre la vereda adelante. A ellos les parecerá imposible que nadie pueda perderse en el Coto, como a mí me pasó el primer día, cuando regresaba a La Marismilla al anochecer, habiéndome separado, distraído, de los compañeros. Aparte de este pequeño incidente, que a mí no se me borrará tan pronto de la

memoria, se puede decir, que a la plana mayor de los exploradores nada les sucedió de desagradable en todo el tiempo que estuvimos allí. En cuanto a los obreros, no hubo que lamentar más que un caso de malaria, enterándonos después que la enfermedad no fue contraída en el Coto, habiendo venido el hombre malo ya de su pueblo.

Con motivo de esto, nos aseguró el administrador que era muy exagerada la reputación de insalubridad que se daba a estos terrenos, donde se dice que reina eternamente el paludismo. Sin embargo, el profesor **Schulten**, el General y yo no dejamos de tomar todos los días, como medio preventivo, la dosis de sulfato de quinina que recomienda para estos casos el Instituto de Medicina tropical de Hamburgo.

A corta distancia del **Cerro del Trigo** se encuentran las ruinas del extenso despoblado romano, que nos fue indicado por los guardas, y donde los primeros descubrimientos de edificios antiguos se debieron a la casualidad, como casi siempre sucede; aquí fue, según nos enteramos, donde el guarda dio con las primeras piedras, estando cavando en su huerto.

Por el año 1902, con ocasión de buscar materiales de construcción para levantar los nuevos edificios de La Marismilla, y queriendo hacer cal de las piedras que salieron de este sitio, se abrieron grandes excavaciones por todo este terreno. El

horno se construyó entonces, y aún existe, pero, resultando muy mala la cal que suministraban dichas piedras, se dio orden de parar los trabajos, y así se quedó todo como lo dejaron entonces.

Por algunos grandes hoyos que no se rellenaron, hemos podido reconocer la importancia de este despoblado, que parece extenderse de N. a S. más de un kilómetro.

Tuvimos que seguir descubriendo las fundaciones de estas construcciones, al parecer romanas, revolviéndolas para buscar entre los materiales alguna piedra tallada, escultura o adorno arquitectónico, una inscripción, un simple tiesto de alfarería prerromana, un objeto cualquiera que nos indicase la existencia de **Tartesos** en estos parajes.

Una cuadrilla de 25 hombres con su capataz, todos procedentes de Almonte, nos esperaban alojados en un grupo de chozas cerca de la casa del guarda. Tomó la dirección de estos trabajadores el profesor **Schulten**. Se empezaron las excavaciones detrás de la casa del guarda, entre ésta y el huerto donde se efectuaron los primeros descubrimientos casuales. Allí se abrieron grandes hoyos, poniendo a trabajar en cada uno de estos, dos o tres hombres con azadas y palas. Esta última, la pala, resultó ser la herramienta más útil para cavar en la arena húmeda. Para llevar la arena a cierta distancia hubo que emplear las espuestas de esparto, como usan por aquí los albañiles; también hubo que servirse de carrillos de mano sobre un camino de tablas. Por estos medios dos hombres llegaban a profundizar, en muy poco tiempo, dos metros, o sea, hasta el nivel del agua.

A un metro de profundidad se encuentra el suelo antiguo. En este espacio de arena limpia, cubriendo los restos romanos, no se observó indicio alguno de una ocupación posterior; no quiere decir esto que no se encuentre otro día y en otra parte del Coto.

A unos 50 metros del NO. del pozo que hay detrás de la casa se practicaron los primeros ensayos, que dieron por resultado el descubrimiento, a poca profundidad, de unas ruinas de baja época romana, donde, para unir las piedras informes y de todos los tamaños, parece haberse empleado, en lugar de mezcla, el barro fangoso de la Marisma. No teníamos tiempo para seguir descubriéndolo todo. La mayor parte de estos edificios aparecieron inclinados o derrumbados de antiguo, probablemente por efecto de algún movimiento sísmico, encontrándose todo muy confuso y difícil de reconocer. Sin embargo, entre estas fundaciones se ha podido notar una estancia de forma semicircular, midiendo en su interior nueve metros de diámetro, con un muro de metro y medio de espesor cerrando este semicírculo.

A unos cuatro metros hacia el SE. de esta habitación se descubrió una construcción rectangular de hormigón de piedras, formando un derretido a prueba de destrucción. En el interior había dos piletas de metro y medio de lado por un metro diez centímetros de profundidad; las paredes estaban revestidas de cemento y pulimentadas. Los ángulos de estos dos compartimientos ofrecen el burlete, o sea el relleno, medio redondo, que se observa en todas las obras de carácter hidráulico del mundo romano. Como las líneas de estas dos construcciones no son entre sí paralelas, parecen indicar que no existieron a un mismo tiempo. Entiendo que las piletas, mejor construidas, son más antiguas. [fi g. 1]

CERRO DEL TRIGO

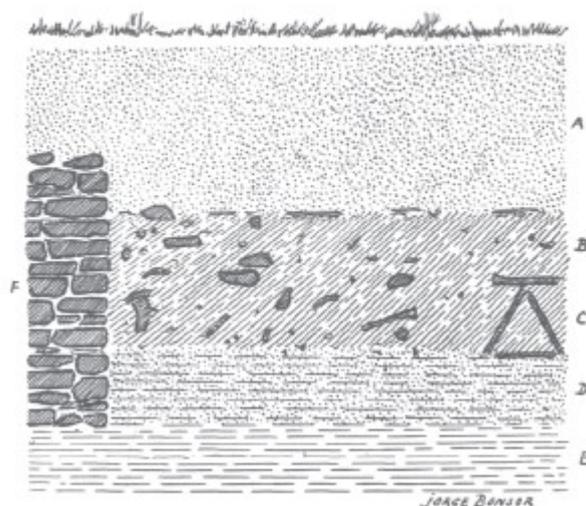


FIGURA 1.

CORTE DEL TERRENO, CERCA DE LA CASA DEL GUARDA.

- A. Un metro de espesor de arena limpia.
- B. Suelo y 80 centim., de escombros romanos.
- C. Sepultura romana del siglo IV.
- D. Arena húmeda.
- E. Agua.
- F. Edificación de baja época romana.

Se sabe que estas piletas sirvieron en la antigüedad para salar el pescado; habiéndose encontrado muchas de construcción parecida, y con las mismas dimensiones, en toda la costa meridional. Más que en ninguna parte se descubrieron en las recientes excavaciones de **Bolonia (Belon)**, donde pertenecían a unos establecimientos importantes para la conservación del pescado, salazón de atún y preparación de una especialidad de estas costas de la Bética: el **garum clásico**. [fi g. 2] Sabemos que este último era una salsa o pasta muy apreciada de los romanos, que la pagaban a precio alto, según dice Plinio; se preparaba con el escombros o caballa de las costas de **Mauritania y de Bética**.

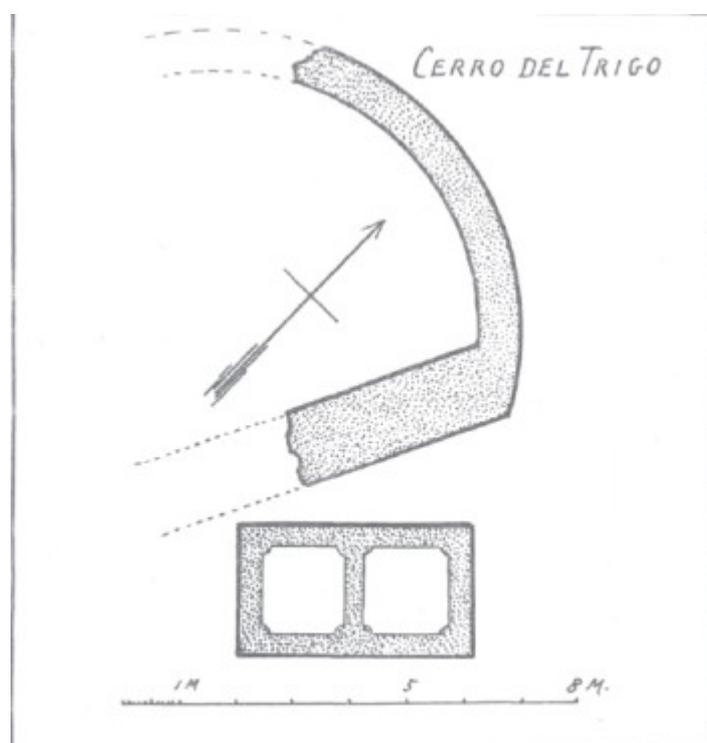


FIGURA 2.

PLANTA DEL EDIFICIO SEMICIRCULAR Y DE LAS PILETAS.

Recuerdan estas piletas que los habitantes de este desconocido pueblo romano del **Coto de Doña Ana** se dedicaban a la pesca del atún, y que también preparaban y exportaban a Roma estas salazones, como lo hicieron otras poblaciones más importantes de este litoral: **Carteia, Mellaría, Belon, Baesippo, Balsa** y muchas más. [fi g. 3]

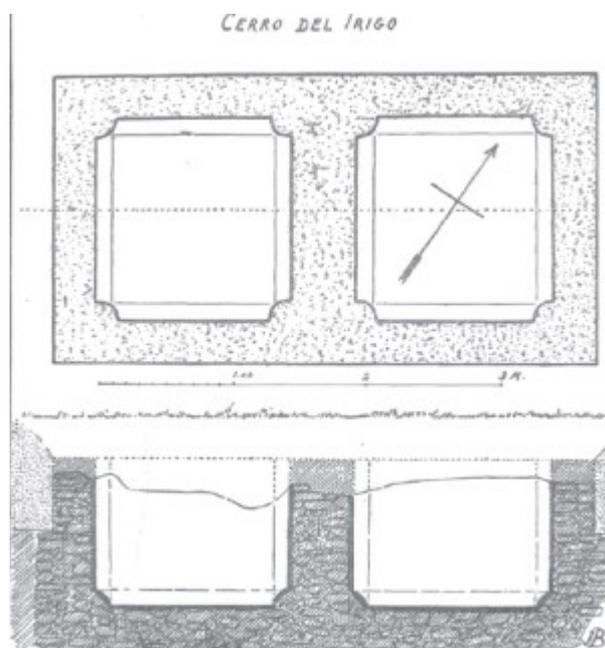


FIGURA 3.  
PILETAS DE SALAZÓN DE PESCADO.

Esta exportación de salazones a la Metrópoli era contemporánea de otro gran negocio de la antigua Bética; la exportación del aceite de oliva, desde el interior, bajando por el Betis canalizado, como nos indican las inscripciones comerciales pintadas sobre las ánforas del Monte Testaccio, cerca de Roma. Las fechas extremas de esta exportación nos son bien indicadas: desde Antonio Pío, hasta Galieno, o sea de 140 a 251.

Por otra parte, se ha podido averiguar también la fecha en que operaba una de las grandes casas de exportación de salazones de Bolonia, donde se ven numerosas piletas iguales a las cuatro del Coto de Doña Ana. Se observó que las paredes de una de las habitaciones de esta casa estaban decoradas al temple por la misma mano que pintó un sepulcro de la necrópolis, de donde salió una moneda de Marco Aurelio (140-180). En Belon, en tiempo de este emperador, se practicaba la incineración en un recinto mural rectangular que tenía en un lado un compartimiento cubierto de grandes losas y donde se depositaban las urnas cinerarias. Se observó que en las paredes de este compartimiento estaban pintadas grandes hojas verdes sobre un fondo amarillo, la misma decoración que presentaba la casa de las piletas. Estos recintos funerarios, contruidos especialmente para detener la arena, no se han visto más que en Bolonia, donde constituyen una novedad arqueológica.

También se podrán encontrar en el Cerro del Trigo, siendo estos sepulcros, como está probado, contemporáneos de las cuatro piletas allí descubiertas.

A unos nueve metros al SE. de estas piletas, abriendo una zanja en dirección al pozo de la casa del guarda, se encontró, a poca profundidad, una sepultura por inhumación con tejas planas. En la mano del esqueleto había una pátera de barro de color rojo de ladrillo y mate, con ancho borde, como salieron muchas en la Necrópolis de Bolonia, donde la fecha de estas sepulturas nos está indicada por la moneda de Volusiano (251 a 254). [fi g. 4]

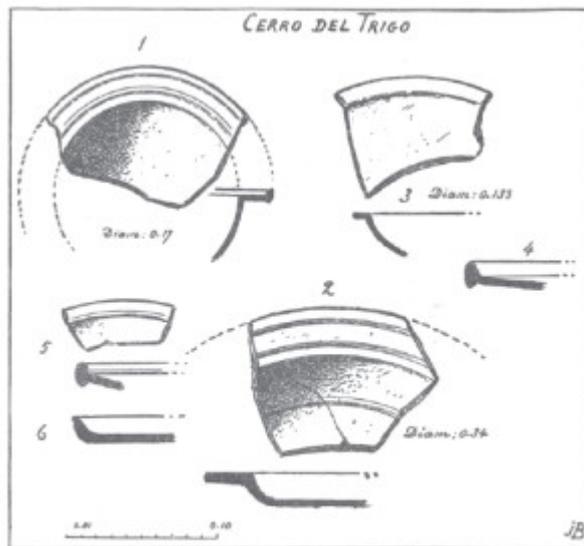


FIGURA 4.

ÁNFORA EN CONJUNTO CON SU FRAGMENTO Y BASE, ENCONTRADA EN UNA SEPULTURA ROMANA POR DESTRUCCIÓN DE MEDIADOS DEL TERCER SIGLO.

Después hubo que abrir una gran zanja de 50 metros de largo, empezando a 20 metros de la casa del guarda, hacia el Norte, donde el profesor **Schulten** reunió a toda la cuadrilla de trabajadores, facilitando así la vigilancia en el momento de descubrir algo. No se tardó mucho en dar con restos de construcciones rústicas y con una docena de sepulturas por inhumación, éstas con orientación constante, la cabeza al NO. (mag.) Como no contenían objeto alguno, es probable que fueran sepulturas de los primeros cristianos romanos, en tiempo de los últimos emperadores, según indicaban, además, las numerosas moneditas que aparecieron perdidas en la arena. Se recogieron más de 70 de estas monedas, en relativa buena conservación, que se mandaron al académico don **Antonio Vives** para su estudio. Entre las sepulturas de los adultos se encontraron otras de menores dimensiones, que serían las de los niños mayores, mientras que los más pequeños, que no habían pasado la dentición, fueron depositados en ánforas. (Fig. 5, F.)

Hacia el Este, al otro lado de la huerta del guarda, los obreros dieron con otras dos sepulturas:

- Una con 10 tégulas que formaban los lados y con otras de cubierta que, por el peso de la arena, se rompieron, cayendo en el interior. El esqueleto que contenía apareció debajo del nivel del agua. (Fig. 5, A.)
- Otra sepultura con los lados formados de piedras pequeñas y losas bastas de cubierta, con la misma orientación que la anterior (la cabeza al NO.), y donde también se encontró el esqueleto en el agua. (Figura 5, B.)

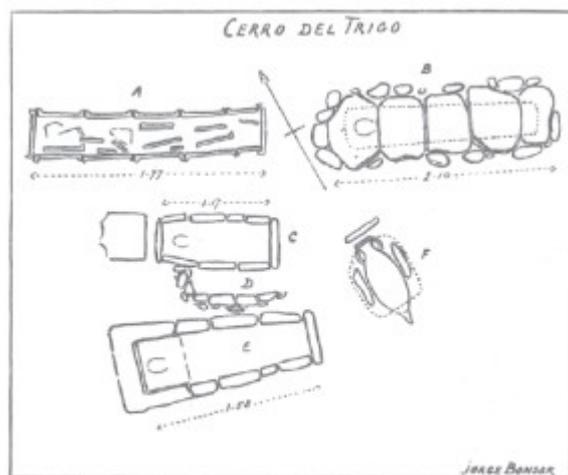


FIGURA 5.  
SEPULTURAS CRISTIANAS.

Estos grupos de sepulturas indican que aquí estuvo el cementerio del poblado romano en los últimos tiempos de las inhumaciones paganas y cristianas, durante más de siglo y medio, desde **Volusiano hasta Constancio III**. De los visigodos no han aparecido todavía las sepulturas en este despoblado. Desde el frente de la casa del guarda, en dirección al Cerro del Trigo, pasando por otro cerro de arena llamado de la **Cebada**, es por donde se extienden las ruinas de la antigua población romana. Estas aparecen en casi todos los puntos donde se hicieron excavaciones, y particularmente en los alrededores de este **Cerro de la Cebada**.

De estas ruinas salieron molinos de mano, numerosas tejas planas y ladrillos de diferentes tamaños, entre éstos uno que presentaba en el canto las tres letras **PAT**, el nombre, sin duda, del esclavo Paterno (**Figura 6, n.º 8**). Se recogieron también algunos ladrillos circulares o en semicírculo, que se empleaban para formar columnas donde el mármol y la piedra faltaban.



FIGURA 6.  
TEJAS, LADRILLOS Y MOLINO DE MANO, DE PIEDRA.

Entre la alfarería hay que mencionar un jarro que sirvió para las libaciones a los

muestran, lo que nos indica su base perforada (Fig. 7, n.º 1).



FIGURA 7.  
VARIOS Y TIPOS VARIOS.

Este jarro, con otra vasija, sin asa, con el cuerpo decorado de rayas paralelas, son de un barro blancuzco que aparece en Andalucía en los últimos tiempos romanos, llegando después a ser característico de los Visigodos y Árabes.

Ánforas de diferentes formas y tamaños se encontraron también; el ánfora para vino, de cuerpo alargado y la de panza globular para la exportación del aceite. No habiendo barro a propósito en la isla para hacer estas ánforas, las que encontramos varían en la forma o en el color, según la procedencia.

Después de tantas excavaciones como se abrieron en el antiguo solar y en corrales apartados, extraña no haberse encontrado nada que confirme la ocupación del coto anteriormente a los Romanos. En estas construcciones de piedras bastas, informes, que fueron traídas de todas partes en embarcaciones, se nota la roca conchífera y arenisca de la costa, la caliza de las alturas próximas al valle del Guadalquivir y los granitos de Sierra Morena. Entre estas piedras ni siquiera se encontró el sillar clásico de todas las construcciones romanas de las buenas épocas, el cual mide aproximadamente 50 centímetros de alto y de ancho y un metro de largo.

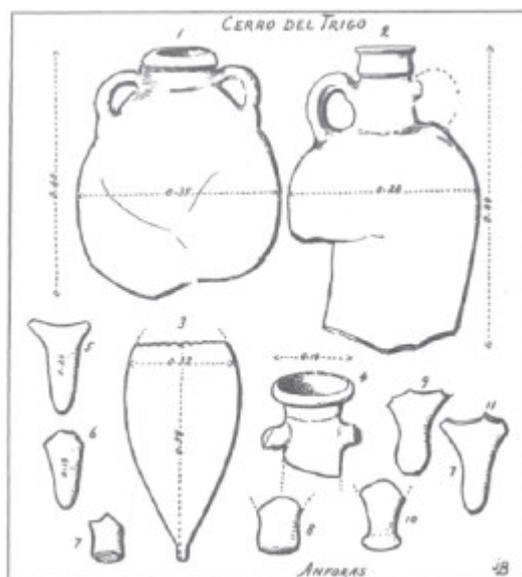


FIGURA 8.  
ANFORAS.

Llamaron la atención de los exploradores tres sillarejos que aparecieron formando las esquinas de unas construcciones romanas cerca del Cerro de la Cebada, y que parecen haber pertenecido a algún edificio más antiguo, probablemente prerromano. Hubo que anotar esta observación, medir las piedras y nada más (fig. 9).



FIGURA 9.  
CUATRO PEQUEÑOS SILLARES DE ARENISCA.

Sin embargo, el descubrimiento, en el último momento, de un anillo de cobre que presentaba en el interior y en el exterior una inscripción con caracteres que parecen ibéricos (?), viene a confirmar la ocupación anterior que buscamos.

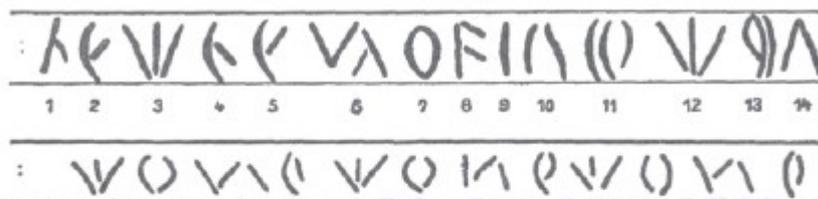


FIGURA 10.

INSCRIPCIÓN DEL ANILLO ENCONTRADO EN EL CERRO DEL TRIGO;  
EXTERIOR E INTERIOR.

Por último, quedan que exponer algunas observaciones y conclusiones de interés.

**1a.** Habiendo notado en **Bolonia** que las sepulturas más antiguas son las más alejadas de la población, creo probable que en el **Coto** se encuentre la necrópolis por incineración, del tiempo de los primeros emperadores, al Norte de las piletas, más allá de las sepulturas: **figura 5, A y B7.**

**2a.** El descubrimiento de las piletas de salazón nos indica que la población del **Cerro del Trigo** se extendía, en tiempo de **Marco Aurelio**, por el terreno ocupado hoy por el **hato** y la **huerta del guarda**. Habiéndose reducido después el pueblo, esta parte pasó a ser **cementerio** en los últimos tiempos romanos, desde antes de **Volusiano** (251-254) hasta **Constantino III**, que sería cuando desapareció del todo la población. Esta, a juzgar por las excavaciones hechas, no habrá sido reocupada en tiempos posteriores, como sucedió en otras islas de la costa, en **Saltés**, por ejemplo, donde se encontraron importantes vestigios de los **Visigodos** y de los **Árabes**.

**3a.** En futuras campañas, en todas las excavaciones que se hagan en el **coto** habrá que seguir examinando detenidamente las piedras de un carácter extraño que salgan de estas construcciones, por si algunas hubiesen pertenecido a edificios más antiguos. Siempre se tendrá que profundizar hasta el agua, y después, por sondeos, con la barra de hierro, más hondo todavía, hasta encontrar alguna resistencia que indique la presencia, debajo del agua, de ruinas anteriores.

**4a.** Hay que considerar que el nivel de agua del terreno debe de haberse elevado considerablemente desde los tiempos romanos y anteriores. Esto parece aquí confirmado por el hecho de encontrarse sepulturas dentro del agua, donde no estarían seguramente en el cuarto siglo después de J. C, fecha de estas sepulturas.

En el curso del primer siglo antes de J. C. fue probablemente cuando ocurrió el

gran cataclismo sísmico que cambió por completo el cauce del **Betis**. Habiéndose cerrado entonces la desembocadura occidental del río, las aguas de la marisma fueron vertiéndose en dirección contraria hacia el brazo actual del **Guadalquivir**. En los siglos sucesivos se fue cubriendo la isla de arena; esta invasión sigue aún, sin que se pueda de manera alguna pararla. La misma vegetación, al detener la

arena, es la que va formando nuevas dunas (Fig. 11).

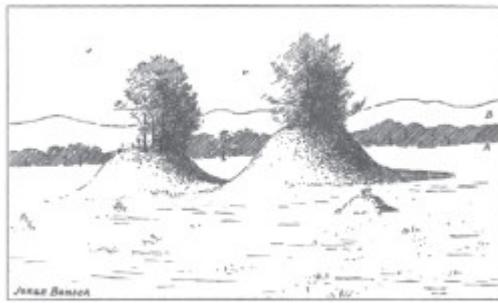


FIGURA 11.  
CÓMO VA FORMANDO EL ORDEN DE UNA DUNA.

Pasaron los buenos tiempos de las exportaciones a Roma del aceite de oliva del Valle del Betis y de las salazones de atún del litoral.

Habiendo desaparecido el gran Lago Ligústico y el brazo occidental del Río que hacían de Tartesos una verdadera isla, los últimos habitantes tuvieron que abandonar este poblado del Cerro del Trigo, donde ya no encontrarían medios de aislarse o defenderse en los tiempos de revueltas que siguieron a las invasiones de los Bárbaros.

Al concluir las excavaciones de 1923, en el Cerro del Trigo, sin haber descubierto nada que confirmara la existencia de Tartesos en este sitio, escribí una nota alusiva de nuestros trabajos en el Coto, recordando en principio dos artículos míos del Boletín de la Real Academia de la Historia. Estos artículos pasaron inadvertidos para los miembros de una, a la sazón, novísima Sociedad de Excavaciones para buscar a Tartesos en la vecindad de Sanlúcar de Barrameda.

Mandé entonces la referida nota al Director de un importante rotativo madrileño, donde no se publicó, acaso por no considerarlo de interés. En dicha nota decía yo lo siguiente:

«Sobre esta importante cuestión de Tartesos, es muy satisfactorio saber que las pocas personas que en estos últimos tiempos se han dedicado a comentar el poema geográfico de Avieno, buscando después en las costas las pruebas de

la existencia del famoso emporio: los señores don Antonio Blázquez, el erudito profesor Schulten y el que suscribe, creo que estamos conformes en reconocer, según indican los textos, que las ruinas de Tartesos deben de encontrarse en la antigua isla del delta formado por los dos brazos del río Tartesos ó Guadalquivir. Esta isla es hoy parte del célebre Coto de Doña Ana, propiedad del señor Duque de Tarifa. Añadiré que es del todo inútil buscar Tartesos en otra parte, y menos por los caños de las marismas del Este; en Sanlúcar, Trebujena o Lebrija, como se ha propuesto. Allí podrán encontrarse otras antiguas poblaciones, como Eburá, Asta y Nabrisa, que eran, a mi entender, contemporáneas de Tartesos.

En mis comunicaciones a la Academia de la Historia y a la Junta superior de Excavaciones y Antigüedades recomiendo la exploración del despoblado romano —el único

que vi cuando visité el Coto por primera vez, en agosto de 1921—; lo llamé Montón de Trigo, de una elevación en parte artificial, a 6 kilómetros del moderno Palacio de la Marismilla. Abriendo zanjas paralelas por todo el terreno, puede que se encuentre, a poca profundidad, entre los materiales romanos, allí muy numerosos, alguna piedra ornamental, fragmentos de arquitectura o de escultura del siglo VI antes de J. C, procedente de la gran urbe desaparecida.

»Pero, aunque nada se encuentra anterior a los Romanos, queda todavía, para el estudio de la cultura tartesia, la exploración de los pueblos prerromanos ribereños. Hace algunos años que me dedico a este interesante trabajo desde la desembocadura hasta Córdoba, con bastante éxito, teniendo en mi poder pruebas arqueológicas de la ocupación del Valle en tiempo de la supremacía de Tartesos (800-500 antes de J. C.), hasta su destrucción por los Cartagineses en 500 antes de J. C. Por estas pruebas, todavía inéditas, que se relacionan con esta remota época, se confirma lo que algunos arqueólogos, como Siret, Schulten, Gómez Moreno, Mélida, han supuesto, y creo suponen todavía, que la cultura tartesia llevaba un origen común con la civilización cretense. En confirmación de esto encontré una piedra terminal de los últimos tiempos de la Edad del Bronce, la cual piedra, en forma de pilar de término, presenta en una de sus caras un signo grabado y pintado de rojo, que figura también en los alfabetos de Creta y de Libia.

»Otras excavaciones me permiten declarar que los Tartesios practicaban en sus funerales sacrificios humanos, como se sabe hicieron los Celtas, los Cartagineses y los Romanos mismos, al principio. Debe suponerse que las víctimas: hombres, mujeres y niños, fueran sus esclavos. Mataban los hombres aplastándoles el cráneo con una piedra, a las mujeres les abrían el vientre en canal y a los niños los sangraban encima de la urna cineraria. Tengo bien reconocido que se practicaban estos sacrificios en los pueblos del Valle del Guadalquivir, en la primera Edad del Hierro, en tiempo de las invasiones céltica y cartaginesa, según observé en mis excavaciones de la Cruz del Negro y del Acebuchal, de Carmona, las de Paris y Engel, en Osuna y en Almedinilla. [fig. 12]

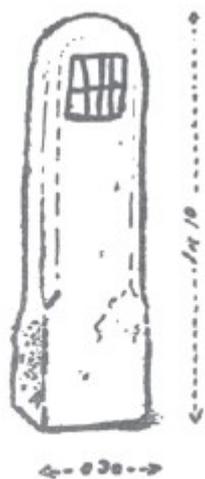


FIGURA 12.

PIEDRA TERMINAL DE LA  
CRUZ DEL NEGRO.  
CARMONA. ALTURA, 1,10.

»Volviendo al asunto del emplazamiento de Tartesos, repito que hay muchas probabilidades de que se encuentren sus ruinas debajo de las altas dunas del Coto de Doña Ana, en las proximidades del Cerro del Trigo, que es precisamente la parte más alta de la isla. Allí es donde se deben buscar, sin cuidarse de las opiniones contrarias que ponen a Tartesos en Sanlúcar, en Huelva, a orilla del Guadalete, en Cádiz, Algeciras o en Sevilla misma...»

A mediados de septiembre de 1924 se reanudaron las excavaciones del Coto en dirección del Cerro de la Cebada, donde, a unos cien metros al Norte de esta duna, se descubrieron los cimientos de un antiguo edificio de 13, 15 m. de largo por 8,95 m. de ancho, con muros de 50 centímetros de espesor. [fig. 13]

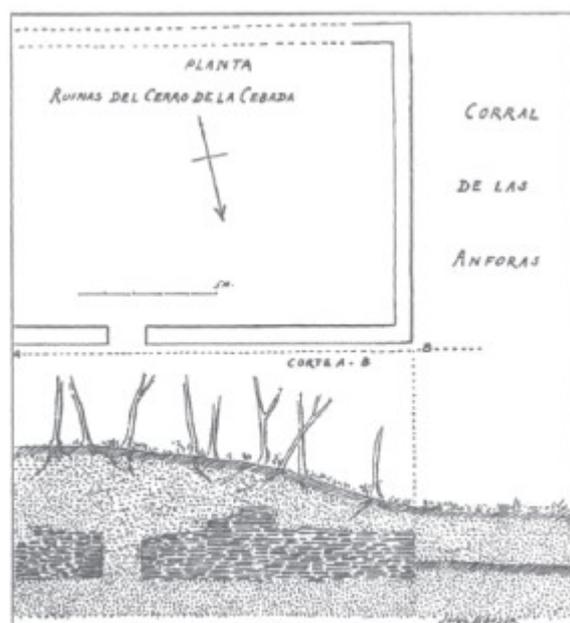


FIGURA 13.  
RUINAS DEL CERRO DE LA CEBADA.

Salta a la vista que estas mismas ruinas, que durante tantos siglos detuvieron la arena traída por el viento continuo del NO., fueron la causa de la formación del Cerro en este sitio. A medida que íbamos cavando hubo que reconocer que todos los montículos de arena de esta parte del Coto cubrían ruinas de más o menos importancia, lo que indicaba que en tiempo de los Romanos no había invadido la arena este sitio. Se sabe que en las costas, los cordones paralelos de altas dunas, las arenas gordas actuales existían en el primer siglo de nuestra Era. Estos se extienden hoy desde la Boca del Guadalquivir hasta la Torre de la Higuera, donde empiezan Los Barrancos, precisamente en toda la extensión de lo que fue isla tartesiana, entre los dos brazos del antiguo río. [fi g. 14]

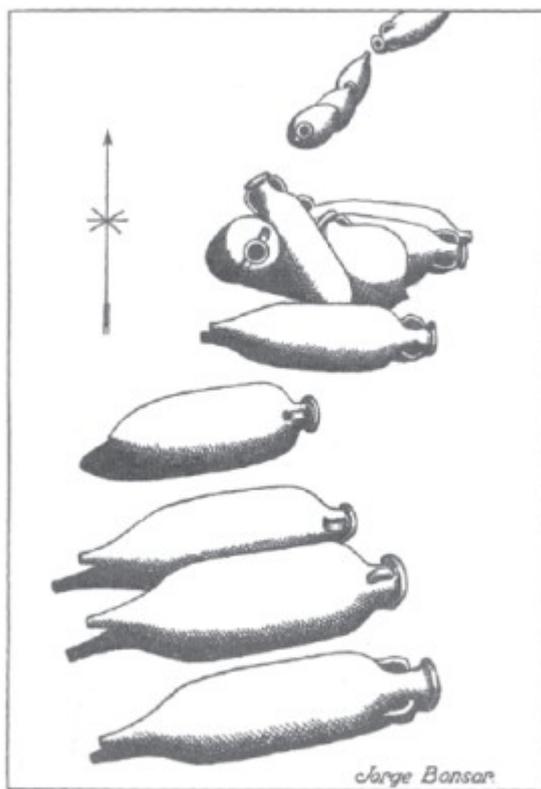


FIGURA 14.  
CORRAL DE LAS ÁNFORAS.—CASA DE LA CEBADA.

Volvamos a la casa romana del *Cerro de la Cebada*. A unos diez metros del muro Oeste, a un metro de profundidad, se dio con el suelo del corral de la casa, donde se encontraron extendidas en la arena ánforas, 12 de forma alargada, que sirvieron para vino y dos de cuerpo globular, propias para aceite; estas ánforas fueron seguramente echadas al corral por inútiles, viejas o cascadas. Debajo de este suelo del antiguo corral, a 70 centímetros, se descubrieron, en la arena mojada, dos tégulas colocadas a dos aguas, como el tejado de una casa, que cubrían cenizas humanas, de éstas salió una moneda de *Marco Aurelio* (140-180). Parte de la sepultura se encontraba debajo del nivel del agua, a dos metros de profundidad. Según los cálculos de nuestro ilustre compañero, el general Lammerer, el nivel del agua, debajo de este corral de las ánforas, está seis metros más alto que el de la bajamar, en la costa. Las grandes mareas encuentran, con estas dunas, una barrera infranqueable; solamente en el sitio que denominé La Entrevista, donde supuse estaba la desembocadura del desaparecido brazo del río, es donde faltan las dunas protectoras, penetrando el mar en el interior de esta parte del Coto.

Seguimos excavando en los alrededores del corral de las ánforas, donde en muchas partes descubrimos más ruinas de casas, que probablemente

fueron establecimientos comerciales o industriales, baños, etc.

Nuestro sabio geólogo el doctor Otto Jessen, que en Alemania, en las costas del Báltico, se había especializado en el estudio de los bancos de arena, me aseguró que toda la parte del Coto, al S., hoy cubierta de frondosos pinares, desde el Cerro

de la Raya y la Torre Salazar, hasta el brazo actual del Guadalquivir, comprendiendo los dos partidos de caza de la Marismilla y de la Venta, son arenales de nueva formación, que seguramente no existían en tiempos de los Romanos. Por la extremidad SE. de la isla, de la Torre Salazar a los Cerros de la Raya y del Trigo y por el Pico del Caño, pasaba otro brazo del río, que era el que debía conducir a la misteriosa Tartesos, según la opinión de Jessen y del profesor Schulten, a la cual creo debo unir, tomando en consideración las acertadas observaciones geológicas y topográficas de mis compañeros.

Como hemos dicho, en las excavaciones que se practicaron en los terrenos bajos cerca del Cerro de la Cebada, el nivel del agua se encontró siempre a dos metros de profundidad. Con la bomba de mano llegamos a 70 centímetros más bajo, límite de nuestro esfuerzo, entrando entonces más agua de la que podíamos sacar. Para averiguar la naturaleza del terreno a más profundidad hubo que pensar en otros medios.

En el otoño de 1925 volvió el profesor Schulten al Coto de Doña Ana, llevando consigo un práctico con todo el material de sondeo. Llevaba el propósito de practicar numerosos sondeos de tres o cuatro metros para traer a la superficie algún indicio de un suelo que fuera anterior a lo romano, dando, por ejemplo, con algún tiesto que confirmara la presencia de Tartesos. Se hicieron más de 50 sondeos en la zona misma de las ruinas romanas; todo fue inútil, y hubo últimamente que desistir, no sacando la sonda más que arena limpia.

Sin embargo, la interpretación de los textos no deja lugar a duda; convencidos estamos de la existencia del antiquísimo emporio en esta extremidad SE. de la Isla... Tartesos —dice el profesor Schulten— no debe haber desaparecido por completo... Una ciudad tan considerable no se destruye sin dejar rastros. El doctor Jessen nos asegura que no hay temor de que el mar se haya tragado la ciudad,

porque la costa, durante el tiempo transcurrido, lejos de retroceder ha avanzado bastante. Yo entiendo que los Romanos, al fundar en este sitio sus establecimientos de pesca y de salazones, lo hicieron por ser la parte más alta de la isla y donde encontrarían mucho material de construcciones anteriores, que utilizaron.

En las ruinas de poblaciones de la última fase del Bronce y de la primera Edad del Hierro, épocas que corresponden al tiempo de la hegemonía de Tartesos, se observa el empleo en las construcciones de piedras pequeñas, diformes, en muros de poco espesor, teniendo algunas piedras mayores únicamente para formar el jambaje de las puertas.

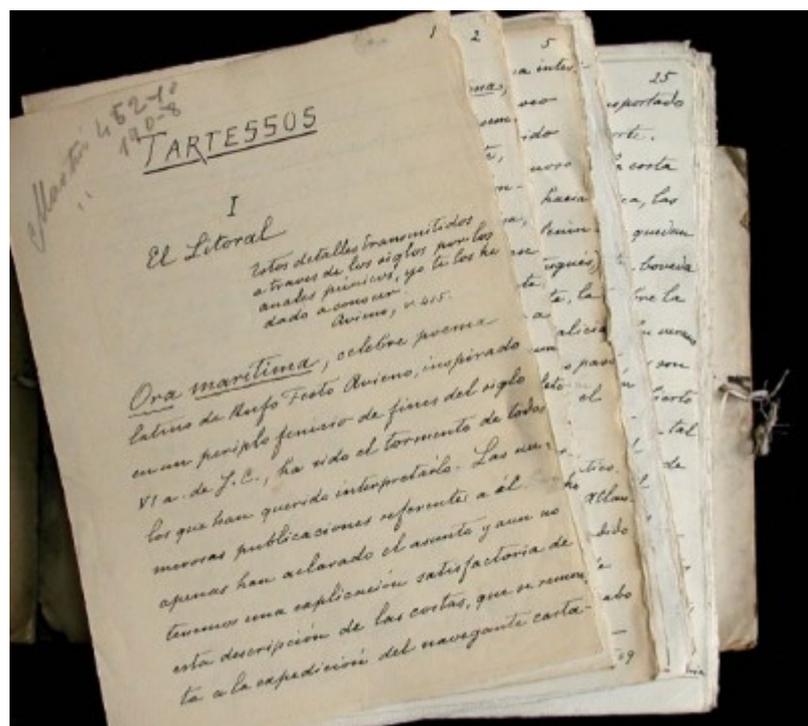
Esto tuve ocasión de estudiarlo detenidamente en mis excavaciones de El Acebuchal (Alcores de Carmona), Gandul (término de Alcalá de Guadaíra), la Mesa del Almendro (Setefi Ila, cerca de Lora del Río) y otras ruinas contemporáneas. Durante las tres temporadas que pasamos en este hermoso Coto de Doña Ana hemos reconocido una extensión de terreno de próximamente dos kilómetros cuadrados.

Esto parecerá poco si se compara a la isla entera, o aun si nos reducimos a la parte SE., que bañaba el tercer brazo del río.

En resumen: si no hemos descubierto el sitio que ocupó Tartesos, nos queda la satisfacción de haber indicado sobre el mapa los numerosos puntos excavados, donde con toda seguridad se sabe que no está... Otros vendrán, y siguiendo nuestras indicaciones, puede que tengan más suerte.

**JORGE BONSOR**

**Castillo de Mairena del Alcor (Sevilla)**



Visitas: 777

[¿Te gusta esto?](#)

[A 5 miembros les ha gustado esto](#)

[Compartir](#) [Twitter](#) [Facebook](#)

- [< Entrada anterior](#)
- [Entrada siguiente >](#)

Comentar

**¡Necesitas ser un miembro de REHA para añadir comentarios!**

[Participar en REHA](#)



Comentario por [Cristina Bravo](#) el diciembre 16, 2012 a las 11:40pm